



La
HISTORIA
EMPIEZA
en **EGIPTO**

Eso ya existía
en tiempos
de los faraones

CRÍTICA

□

JOSÉ MIGUEL PARRA

TIEMPO DE HISTORIA

José Miguel Parra Ortiz

La historia empieza en Egipto

Eso ya existía
en tiempos de los faraones



CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: marzo de 2011
Primera edición en esa nueva presentación: septiembre de 2017

La historia empieza en Egipto
José Miguel Parra

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47



© José Miguel Parra, 2011

© Editorial Planeta S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-17067-25-0
Depósito legal: B. 15270-2017
Fotocomposición: gama, sl
2017. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

Índice

<i>Agradecimientos</i>	9
<i>Introducción</i>	11
I. Y Dios dijo: «¡hágase la luz!» <i>La creación de la burbuja tranquila</i>	15
II. Trifulcas sociales <i>Huelgas y más huelgas</i>	29
III. La higiene es importante <i>¿Qué prefieres un baño o una ducha?</i>	45
IV. Siempre la pagan con el más débil <i>La violencia doméstica</i>	61
V. Seguridad social para todos <i>Los riesgos laborales</i>	75
VI. Los mil y un panes <i>Las excelencias de la dieta vegetal</i>	89
VII. «Love story» <i>¿Nunca te han dicho que tienes unos ojos preciosos?</i>	105
VIII. Vuelva Ud. mañana <i>Sobornos, comisiones y otros pecadillos</i>	115
IX. La franja de Gaza <i>La guerra eterna</i>	127
X. ¿Con IVA o sin IVA? <i>La gran sangría de los impuestos</i>	143
XI. La línea del cielo <i>Sí señor, todo un rascacielos</i>	155

XII.	Recién importado del país del Punt <i>La globalización comercial</i>	169
XIII.	Lo siento, hoy el Dios no recibe <i>Los inaccesibles templos</i>	183
XIV.	Tanto monta, monta tanto <i>La igualdad de sexos</i>	197
XV.	Y el faraón vivió feliz para siempre jamás <i>Cuentos, historias y demás ficciones</i>	207
XVI.	Velocidad controlada por radar <i>La rueda no sirve para nada</i>	221
XVII.	Eso no viene en el plano <i>Insignes arquitectos y sufridos albañiles</i>	235
XVIII.	¡Abracadabra! <i>Hechizos y conjuros varios</i>	249
XIX.	Siempre se escribe  antes de  <i>El poder de la escritura</i>	261
XX.	Todo un lienzo cubista <i>Abajo la perspectiva</i>	277
XXI.	Por la calle mayor hasta llegar al templo <i>El arte de vivir apelonados</i>	293
XXII.	«Dura lex sed lex» <i>Todos somos iguales, pero unos más que otros</i>	305
XXIII.	Es lo último de Dior <i>Los atractivos de la moda</i>	317
XXIV.	Las reclamaciones al maestro armero <i>Cómo administrar un gran país</i>	327
XXV.	Esa virgen me suena <i>La herencia de un pariente muy lejano</i>	337
	<i>Conclusiones</i>	349
	<i>Notas</i>	351
	<i>Bibliografía</i>	369
	<i>Índice alfabético</i>	421

I

Y Dios dijo: «¡hágase la luz!»

La creación de la burbuja tranquila

Al contrario que otras muchas civilizaciones, la faraónica no contó con un único relato de la creación, sino con muchos. Prácticamente, todos los dioses egipcios terminaron teniendo —o formando parte de— un relato mítico en el que participaban de forma directa en la cosmogonía de Egipto. De este modo se convertían en el dios creador del mundo, el demiurgo; al menos en el entorno inmediato de la ciudad de donde procedía su culto, y donde radicaba su templo principal. Los miembros de su clero sabían que de este modo incrementaban la confianza de los habitantes de la ciudad en el dios patrono de la misma, a la par que daban mayor relevancia al culto que se encargaban de mantener.

Como resulta lógico, los egipcios no conocían las cosmogonías de todos sus miles de dioses; sólo las de algunas deidades que alcanzaron relevancia en todo el valle del Nilo pasaron a formar parte de la memoria colectiva faraónica. Por extraño que pueda parecer, que dioses diferentes crearan el mundo de formas diferentes no suponía mayor problema teológico para los egipcios. Al contrario que los occidentales —herederos directos como somos del cartesiano y lineal modo de entender el mundo de los griegos y después los romanos—, los egipcios se enfrentaban al mundo utilizando un modo de pensar y ver las cosas que se ha dado en llamar «multiplicidad de aproximaciones». Nuestro pensamiento avanza dando pequeños saltos lógicos, hasta alcanzar un resultado final que es consistente con el punto

de partida y todos los pasos intermedios que han conducido a él. Es el conocido desarrollo lógico que dice que si A es mayor que B y B es mayor que C, C siempre es menor que A en todas y en cada una de las circunstancias. Para los egipcios, esto era verdad sólo en el momento en que estaba sucediendo, porque al mismo tiempo y en otras circunstancias, A podía ser mayor que B y B mayor que C, pero C mayor que A. Es un modo de pensar que, por poner sólo un ejemplo, les permite ver en Seth una manifestación del caos a quien se tenía que derrotar y, al mismo tiempo, situarlo en la barca solar de Ra ayudándolo a matar a la serpiente Apofis, manifestación de ese mismo caos. Por eso no tenían problemas en aceptar como ciertas todas las cosmogonías y no encontrarlas incompatibles entre sí.

El problema surge para el egiptólogo cuando, dada la facilidad de los egipcios para amalgamar dioses y mitos, el clero de una divinidad decidía incorporar a su cosmogonía detalles o características de otras; bien porque acababa de apoderarse de algunos rasgos de una deidad cuyo culto desaparecía, bien porque deseaban crear un dios más poderoso. La dificultad de encajar las piezas y sus diferentes verdades tiene como resultado unos textos que para el lector moderno resultan un tanto caóticos y llenos de contradicciones. No obstante, todas las cosmogonías egipcias presentan un rasgo compartido: el origen de la creación, que siempre sitúan en el Nun, las aguas del caos.

La explicación de este origen común es sencilla, aunque desde hace cuarenta años ya no se puede ver, sólo contar; fue entonces cuando la construcción de la presa de Asuán cerró el ciclo natural que había sido el alma definidora de la civilización faraónica desde la prehistoria. Egipto es una tierra yerma flanqueada por desiertos, hendida por un largo y ancho río (Fig. 1.1) que a finales de junio comenzaba a desbordarse, inundando sus orillas. Al cabo de unos cuatro meses, con la misma parsimonia que habían cubierto el país, las aguas se retiraban. Lógicamente, cuando esto sucedía los puntos más elevados del paisaje eran los primeros en sobresalir de la oscura y opaca masa líquida, dejando ver cada año el mismo espectáculo de colinas recubiertas de negro limo fértil sobre las que de inmediato se posaban las aves y comenzaban a germinar las hierbas. Esta imagen terminó por grabarse

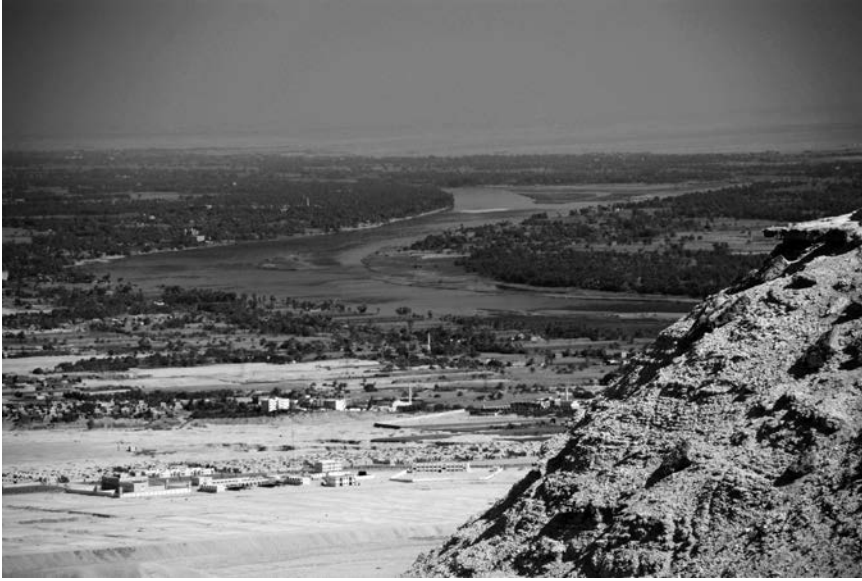


FIGURA 1.1. La curva que el Nilo hace frente a Luxor —la antigua Tebas— vista desde el-Qurn, la cima con forma natural de pirámide que protege el Valle de los Reyes (foto del autor).

en la conciencia colectiva de todos los habitantes del valle del Nilo, siendo incorporada después a todas sus cosmogonías. Para un egipcio era casi imposible imaginarse un mundo que no naciera de las aguas, porque cada año veían con sus propios ojos que era así como sucedía.

Todos los relatos de la creación faraónicos consideran que las aguas del Nun contenían en disolución los elementos necesarios para la generación del mundo. Dentro de ellas, el demiurgo existía en potencia y, dependiendo de cada mito, emergía de las aguas de un modo u otro para crearlo. Sólo la cosmología heliopolitana variaba ligeramente, porque entendía el caos como la ausencia de todos los elementos de la vida, aunque su dios creador también surgía de él para crear el mundo.

En realidad, habiendo sido el sol el principal de los dioses egipcios durante todo el período faraónico, la cosmología heliopolitana terminó influyendo someramente en casi todas las demás; al menos en las versiones tardías que conservamos de sus relatos de la creación. Ciertamente que los egipcios consideraban que el dios sol tenía tres manifestacio-

nes: Khepri (el renacido sol del amanecer), Ra (el poderoso sol del mediodía) y Atum (el envejecido sol del atardecer), pero en los relatos de la creación heliopolitanos el demiurgo siempre se trata de Atum. El relato más antiguo que poseemos de esta cosmogonía se encuentra disperso en diversas recitaciones de los *Textos de las pirámides* (Fig. 1.2).

La aparición del mismo dios es misteriosa, pues surgió algo así como por generación espontánea en medio de la nada que eran las aguas del Nun:

nací en el Abismo antes de que el cielo existiera, antes de que la tierra existiera, antes de que lo que iba a ser hecho firme existiera, antes de que el desorden existiera, antes de que el miedo que aparece debido al Ojo de Ra existiera.

*Textos de las pirámides*¹

La colina primigenia, la primera masa de tierra seca en surgir del Nun y sobre la cual tendría lugar el acto de la creación, apareció en Heliópolis (donde se encontraba el principal centro de culto del dios). Encima de ella, el demiurgo recurrió a la reproducción sexual para crear los dos primeros dioses. No obstante, dado que era el único ser que existía, para poder eyacular el semen generador de

vida se tuvo que dar placer a sí mismo:

Atum es aquel que una vez vino a ser, aquel que se masturbó en Iunu. Se cogió el falo con la mano para poder así tener un orgasmo, y de ese modo nacieron los gemelos Shu y Tefnut.

*Textos de las pirámides*²

Posteriormente, dado que los egipcios comprendían que el mecanismo de la reproducción implicaba a los dos sexos



FIGURA 1.2. Los *Textos de las pirámides*. Pepi I. VI dinastía. Museo Petrie de Londres (foto del autor).

por igual, los teólogos heliopolitanos intentaron racionalizar esta acción solitaria de Atum. El sistema fue sencillo, convertir su mano en una deidad femenina independiente, Iausaas. De este modo el mundo no habría nacido de un acto masturbatorio del dios, sino de un coito «normal» de Atum con otra diosa.

Ya en este mito encontramos una de esas múltiples aproximaciones a las que tan dados eran los egipcios, porque en los mismos *Textos de las pirámides* vemos que el acto creador del dios sol varía. Ahora ya no se masturba, sino que escupe, y de su saliva nacen sus dos primeros hijos, Shu y Tefnut:

Oh Atum-Kheper, has venido para ser alto sobre la colina, has amanecido sobre la piedra *benben* en la Casa del «Fénix» en Iunu, escupiste a Shu, expectoraste a Tefnut [...].

*Textos de las pirámides*³

Mas la cosmogonía no termina con el acto de Atum, ni mucho menos. Ahora es el turno de Shu (la personificación del aire) y Tefnut (la personificación del calor más que de la humedad), unos hermanos que se desposan y dan a luz a Geb (personificación de la tierra) y Nut (personificación de la bóveda celeste). A su vez, esta pareja de hermanos se casa entre sí para tener cuatrillizos: Osiris, Isis, Seth y Neftis. Y si bien Isis y Osiris traerán después al mundo al dios Horus, éste no forma parte del conjunto primigenio de dioses que los egipcios conocen como la Enéada heliopolitana. Un grupo de nueve dioses considerados en ocasiones como una entidad divina en sí misma.⁴

Se podría decir que el relato cosmogónico heliopolitano continúa con la historia de Horus y Seth. En los textos egipcios la historia sólo aparece fragmentada, pero se puede sintetizar como sigue. Osiris estaba actuando como un benéfico rey de Egipto cuando es asesinado por su celoso hermano, Seth. Tras descuartizar y dispersar el cadáver, aquél es nombrado rey de Egipto; pero Isis consigue recuperar los restos de su esposo y, tras convertirlo en la primera momia y dotarlo de un pene artificial —el original había desaparecido devorado

por un pez—, con su magia consigue revivirlo lo suficiente como para quedarse embarazada. El resultado de esta unión será Horus, quien tras varios rocambolescos enfrentamientos con su tío consigue que los dioses lo reconozcan como el legítimo heredero del trono. Esta historia será una parte básica de la ideología de la corona egipcia, pues mientras reinan los faraones son la encarnación de Horus, mientras que al fallecer y ser enterrados se convierten en la encarnación de Osiris.

Si el mito cosmogónico anterior procede del Alto Egipto, el siguiente lo hace del Egipto Medio, concretamente de la ciudad de Hermópolis. Sede del templo principal de Thot (el dios de la sabiduría), los egipcios la conocían como Khemenu, «La ciudad de los ocho». Por desgracia no se conserva un texto íntegro y completo de esta cosmogonía que nos aclare su contenido. Si bien su antigüedad queda confirmada porque dos de las parejas de dioses protagonistas de la misma aparecen mencionadas una vez en los *Textos de las pirámides*,⁵ para reconstruirla los especialistas tienen que rastrearla en menciones en textos posteriores. No es tarea sencilla, pues muchas veces son relatos tardíos influidos por otras cosmogonías, lo que ha dado lugar a que la hermopolitana se presente de cuatro formas distintas. En cualquier caso, la característica principal de esta cosmogonía es que su elemento central es una Ogdóada, cuatro parejas compuestas por un dios (cuerpo de hombre con cabeza de rana) y una diosa (cuerpo de mujer con cabeza de serpiente). Un total de ocho dioses —de ahí el nombre egipcio de la ciudad— que componen una entidad divina en sí mismos. Se trata de Nun y Nunet (el agua primordial, el caos), Hehu y Hehet (el infinito espacial), Keku y Keket (las tinieblas) y Amón y Amonet (los escondidos). En ocasiones, en vez de a estos últimos en los textos encontramos mencionados a Niau y Niaut (el vacío).

Como siempre, el punto de partida de la creación son las aguas del Nun y una colina primigenia que emerge de ellas, en este caso una isla llamada «de los dos cuchillos» o «del incendio». Es a partir de aquí cuando la cosa se complica. En todas sus variantes, el mito nos dice que la Ogdóada es el progenitor y la progenitora del dios Ra, que

después de cumplir con su misión fecundadora muere. Algunos textos hablan de que un ave (bien un ganso, bien un ibis —el pájaro de Thot—) puso en la isla un huevo fecundado por la Ogdóada y que Ra nació al eclosionar éste. En otros casos Ra no nace de este huevo cósmico, sino de una flor de loto fecundada por la Ogdóada, y lo puede hacer con forma de niño (Fig. 1.3) o como un escarabajo pelotero.

Como vemos, la cosmogonía hermopolitana es cuando menos confusa, y ello por culpa de los poco logrados intentos de los sacerdotes de Thot por incluir elementos ajenos en un mito que, cuando surgió durante la prehistoria, con seguridad era mucho más sencillo y lógico. De hecho —sin prueba alguna para sustentar esta reconstrucción— lo más lógico sería considerar que en el mito hermopolitano original las partes masculinas de la Ogdóada fecundan a las partes femeninas de la misma antes de aparecer sobre la colina primigenia para depositar el huevo cósmico —ranas y serpientes son animales ovíparos— del que nacería Ra al eclosionar.

Toda esta confusión hermopolitana desaparece con el siguiente mito de la creación, el menfita, cuyo protagonista no es otro que el dios Ptah. El relato, largo y bien estructurado, se conserva en un único documento, la *Piedra de Shabaqa*. Se trata de una estela mandada grabar por el faraón nubio del mismo nombre (XXV dinastía). En ella el soberano introduce el texto diciendo que, habiendo en-



FIGURA 1.3. El faraón Tutankhamón como un niño naciendo de una flor de loto, según se describe en el mito de la creación hermopolitano. XVIII dinastía. Museo de El Cairo (foto de María Belchi).

contrado en los archivos un papiro de gran interés carcomido por los gusanos, decidió conservar su contenido ordenando que lo copiaran en piedra. Hoy se sabe que texto y estela son de la misma época (c. 700 a. C.), por lo que no cabe fechar la *Teología menfita* —como también se conoce este texto— en los comienzos de la época histórica o incluso a finales del Reino Antiguo, como se hacía hasta hace poco.

El relato está bastante dañado en algunas partes, porque la estela fue reutilizada como rueda de molino antes de ser rescatada por los arqueólogos que la enviaron al Museo Británico, pero en lo esencial conocemos bien su contenido. En este caso, el responsable de la creación de todas las cosas es Ptah, el dios artesano de Menfis. Resulta curioso que, pese a ser considerado el inventor de las técnicas artesanas, cree el mundo recurriendo no a elementos físicos, sino a la inteligencia y la abstracción, cuya sede los egipcios situaban en el corazón.

El proceso creador de Ptah es el siguiente, el corazón piensa lo que ha de ser creado y la lengua del demiurgo le da existencia pronunciándolo. Al reverberar su nombre por el espacio tras salir de los labios de Ptah, primero nació Atum y luego el resto de la Enéada:

Aquel que se manifestó como el corazón, aquel que se manifestó como la lengua, con la apariencia de Atum, aquel es Ptah el muy grande, quien dio la vida a todos los dioses así como a sus *kas*, gracias a este corazón del que Horus es la emanación, gracias a esta lengua de la que Thot es la emanación, nacidos ambos de Ptah.

[...]

Así nacieron todos los dioses y su Enéada fue completada. En verdad, cada palabra divina se realizó conformemente a lo que el corazón pensó y a lo que la lengua ordenó.

*Teología menfita*⁶

Se trata de un perfecto ejemplo de creación *ex nihilo*, como el utilizado por Dios en el Génesis de la Biblia, cuyo paralelo es evidente: «Y dijo Elohim: “Haya luz”, y hubo luz. Vio Elohim que la luz era buena y estableció Elohim separación entre la luz y las tinie-

blas».⁷ Se trata, además, de un concepto nada ajeno a los filósofos griegos y su «mente divina», como tampoco a los mismos católicos y el «logos» del evangelio de Juan:

Al principio existía la Palabra, la Palabra existía con Dios, y la Palabra era Dios. Ella existía al principio con Dios. Todo se hizo por medio de ella, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho. En ella estaba la Vida, y la Vida era la Luz de los hombres. Y la Luz brillaba en la oscuridad, y la oscuridad no la ha sofocado.

*Evangelio de san Juan*⁸

Ptah y su cosmogonía original —si es que la tuvo— consiguieron reconocimiento en todo Egipto al convertirse Menfis, la ciudad que tutelaba, en la capital del reino. Exactamente lo mismo le sucedería después al dios Amón, que hasta la XI dinastía no fue sino una deidad menor de la pobre región tebana. Cuando los príncipes de Tebas terminaron asumiendo la realeza sobre todo el valle del Nilo, la deidad de la nueva capital comenzó su andadura como dios universal. No obstante, dados sus paupérrimos comienzos, los sacerdotes encargados de su culto decidieron fortalecer a Amón incorporándole los rasgos más sobresalientes de las principales divinidades de la región: Montu (dios guerrero) y Min (dios de la fertilidad) (Fig. 1.4). Poco después se le añadirían rasgos típicamente solares y heliopolitanos. Así fue como durante la XVIII dinastía Amón —en muchas ocasiones transformado en Amón-Ra para destacar su carácter solar— se convirtió en una deidad estatal sincrética, que había absorbido los principales rasgos de otros dioses.

Los textos donde se menciona la cosmogonía protagonizada por Amón dejan ver con claridad los diferentes estratos que conforman al dios tutelar de los soberanos del Reino Nuevo. El *Papiro Bulaq 17* es un perfecto ejemplo, pues loando a Amón como dios generador no deja de mencionar la creación solar heliopolitana y la creación verbal hermopolitana, sin olvidarse tampoco del huevo cósmico, ni de Min, Ra, Khepri y Atum:

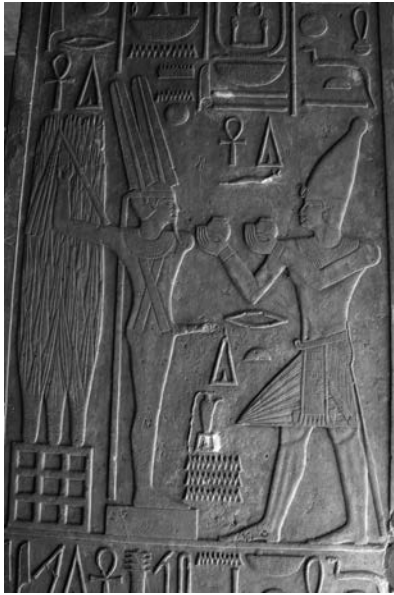


FIGURA 1.4. El dios Amón-Min recibiendo ofrendas de Senuseret I en la *Capilla blanca*. XII dinastía. Museo al aire libre de Karnak (foto del autor).

Despiértate, floreciente, Min-Amón, señor de la eternidad, creador de la perennidad [...]. Bendito seas, Ra, señor del orden cósmico, cuyo santuario está oculto, señor de los dioses, Khepri en el centro de la barca, que has ordenado que los dioses existan, Atum, el creador de la humanidad, que has diferenciado sus formas y has hecho que vivan, que has distinguido los unos de los otros por el color de la piel [...]. Forma única que hizo todo lo que existe, el Uno, único que creó los seres, por cuya boca existieron los dioses. [...]. Quien dio aliento a quien estaba en el huevo [...]

Papiro Bulaq 17⁹



Todos estos relatos nos cuentan cómo aparecieron el mundo y las criaturas que en él habitan, pero no nos dicen nada de cómo quedó organizado una vez completada la cosmogénesis. Para un egipcio de a pie, ¿cuántos elementos componían el mundo en que le había tocado en suerte vivir?, ¿de qué forma quedaban distribuidos? En definitiva, ¿cómo estructuraban los habitantes del valle del Nilo la geografía mítica en la que se englobaba su geografía real?

Los egipcios comprendían el universo como una masa de caos líquido (las aguas del Nun), en el centro de la cual existía un oasis de tranquilidad formado por el valle del Nilo y —cuando durante el Reino Nuevo las conquistas territoriales se sucedieron— todas las tierras que quedaban bajo el generoso manto protector del soberano. El resto del mundo era para ellos una región caracterizada por ser el reino del desorden. Desiertos y países extranjeros eran algo así como un caótico intermedio entre el mundo ordenado y el caos que luchaba por adentrarse en él.

Los habitantes del valle del Nilo se consideraban unos privilegiados que habitaban las únicas tierras del mundo donde reinaba la *maat*; una palabra egipcia que se utiliza para referirse al orden, la justicia, lo que tiene que ser, lo que es correcto. En un primer momento, antes de que llegara a ser habitado por los seres humanos recién creados, la tierra (Geb) y el firmamento (Nut) estaban juntos; sólo cuando se les prohibió a los dos hermanos procrear se encargó a Shu que los mantuviera alejados interponiéndose entre ellos. Por este motivo la bóveda celeste y la tierra quedan separadas por la atmósfera, por donde puede navegar Ra en su barco del día. No obstante, la prohibición de conocerse como se conocen marido y mujer no sirvió de nada, pues Geb y Nut se las arreglaron para procrear. Embarazada como estaba, a Nut se le prohibió dar a luz en ninguno de los días del año, y sólo cuando Thot consiguió con tretas ganar cinco días extras —llamados epagómenos— y añadirlos al calendario, pudo parir Nut a sus cuatro hijos.

Al poco de la separación del cielo y la tierra, y durante un tiempo indefinido, los dioses y los hombres vivieron juntos. Entonces Ra comenzó a envejecer y los hombres organizaron una revuelta contra él. Para restablecer el orden, aturdido como estaba por la ingratitud de los humanos, Ra pidió consejo a otros dioses y siguiéndolo ordenó a su hija Hathor —el Ojo de Ra— que aniquilara a la humanidad. Transformada en Sekhmet, ésta se dedicó a ello con delectación. Ra no tardó en arrepentirse de su decisión, pero incapaz de convencerla con palabras para que detuviera la matanza, utilizó una treta: emborrachar a su vengativa hija con cerveza teñida de rojo, tan semejante a la sangre que tanto la deleitaba. Una vez salvados los restos de la población humana, el fatigado Ra se exilió en el firmamento, que comenzó a recorrer en su barca de día; firmamento al que ascendió en el lomo de la vaca celeste, Nut, sostenida brazos en alto por Shu. Al atardecer, Ra llegaba transfigurado en Atum al extremo occidental del firmamento, donde se encontraba el acceso a la Duat —el más allá—, y pasaba las doce horas de la noche recorriéndolo. No se trataba de un paseo, pues durante todo este viaje nocturno había de enfrentarse a las fuerzas del mal, encarnadas en la ser-

piente gigante Apofis, que pretendían interceptarle el paso. Al mismo tiempo, los egipcios consideraban que al desaparecer por occidente, Ra penetraba en la boca de Nut. Durante las doce horas de la noche el dios sol atravesaba el interior del cuerpo de la diosa, que lo paría a la mañana siguiente en el extremo oriental del cielo, regenerado, joven y transfigurado en Khepri. Muchos son los textos funerarios reales del Reino Nuevo que nos cuentan estas historias y el recorrido que el difunto realiza junto a Ra por el más allá: el *Libro de la vaca celeste*, el *Libro de las cavernas*, el *Libro de las puertas*, la *Letanía de Ra*, etc.

Desde un punto de vista más terrenal, los egipcios entendían que vivían en el centro de todas las tierras del mundo, en Kemet, «La tierra negra», el fértil valle del Nilo inundado y cubierto cada año por las nutritivas aguas de la crecida cargadas de limo en suspensión. Sus alrededores, a oriente y occidente, los formaban una serie de desiertos donde el caos campaba a sus anchas, eran Desheret, «La tierra roja». Al mismo tiempo distinguían entre *ta*, «tierra» () y *khasut*, «país montañoso» () referido al «extranjero». Todas las tierras, caóticas y ordenadas, quedaban rodeadas por el mar, llamado «el gran ceñidor»; mientras que el universo que englobaba todo lo anterior era conocido como «todo lo que el sol circunvala».

El país de los faraones también era conocido por sus habitantes como las Dos Tierras —en lo que es un ejemplo de las dualidades tan queridas por los egipcios—; pues geográficamente dividían el valle del Nilo en Bajo Egipto (el norte, hasta el vértice sur del Delta, representado por la abeja o el papiro) y Alto Egipto (el sur, desde el comienzo del Delta hasta la isla de Elefantina, representado por el junco).

Visto con nuestros ojos modernos, resulta extraño encontrar en el sur la zona «alta» del valle del Nilo, pero tanto geográficamente como ideológicamente para los egipcios tenía sentido. Geográficamente porque el Nilo nace en el sur, desde donde desciende hasta desembocar en el Mediterráneo. Ideológicamente, porque el punto cardinal respecto al que se orientaban los egipcios era el sur, origen de la crecida; de tal modo que «occidente» era sinónimo de derecha y

«oriente» de izquierda, justo al contrario que para nosotros. ¡Con razón decía Heródoto que los egipcios son un pueblo que lo hace todo al revés!¹⁰

En resumidas cuentas, los egipcios estaban convencidos de vivir en el centro del mundo, como han considerado todos los pueblos de sí mismos. Situaban el mundo de los dioses en el firmamento, muy por encima del de los hombres, que era la tierra. Por su otra cara ésta contaba con un no-firmamento, el «nenet». Un lugar nada agradable donde los hombres vivían boca abajo y comían excrementos.

Dentro de su mundo, la figura más importante para los egipcios era la del soberano. Heredero directo de un linaje de reyes que se remontaba al propio Atum-Ra, al que sucedieron Shu, Geb, Osiris, Horus y los Seguidores de Horus (el conjunto de gobernantes habidos en Egipto antes de Narmer, el primer soberano de la I dinastía), el faraón era el único intermediario posible entre el mundo de los hombres y el de los dioses. Semidiós en sí mismo, pues al ser coronado se convertía automáticamente en Horus en la tierra, el rey de Egipto era el encargado de realizar todas las ceremonias religiosas del país. Nadie podía sustituirlo en la tarea, y aunque él la delegaba en los sacerdotes, éstos siempre actuaban en representación suya y nunca a título propio.¹¹ Gracias a las ofrendas (Fig. 1.5), los dioses se



FIGURA 1.5. El faraón Ramsés II realizando una ofrenda ante la barca del dios. Abydos. XIX dinastía (foto del autor).

alimentaban y se mantenían cercanos a Egipto, no «le volvían la espalda», como dicen los textos, con las desastrosas consecuencias que esa actitud hubiera tenido para todos.

Mantener alimentados y satisfechos a los dioses formaba parte de la gran tarea del monarca: mantener a raya el caos que pretendía señorearse del país. Su único motivo de existir era conseguir que Egipto siguiera siendo la burbuja tranquila de aire y luz donde reinaba la *maat*. Su obligación era enfrentarse a los enemigos de Egipto, los «nueve arcos», una tarea de la que siempre retorna triunfante. Por eso incluso las batallas que estuvieron a punto de terminar en desastre total, como la de Qadesh encabezada por Ramsés II (véase el capítulo IX), eran publicitadas por el monarca como resonantes triunfos. Esta peculiaridad de la ideología egipcia le costó una pequeña reprimenda diplomática, porque tras la firma del acuerdo de paz, el embajador hitita comprobó asombrado que Ramsés II se jactaba en los textos de haber derrotado estrepitosamente a los enemigos que se le enfrentaron frente a la ciudad siria. Tras informar a su soberano, éste envió una carta de queja al faraón, en la cual se asombra de que Ramsés II tenga el valor de decir tal cosa, conociendo como conocía cuál había sido el resultado del enfrentamiento. Sabiendo que el texto de la batalla de Qadesh describe a Ramsés II atacando en solitario a las fuerzas enemigas, Hatusil III le pregunta mordaz en su carta: «¿Realmente no había allí ni ejército ni carros?».¹² Y es que mantener la *maat* a veces requería que el faraón, quien le respondió insistiendo en la exactitud de su descripción, se tragara unos cuantos sapos.